

cual los grupos de nubes que cubrían
de aquella luna el resplandor brillante
y á intervalos su alcoba oscurecían;

Mas al ir á asomarse á su ventana,
miró pasar la cazadora Diana
de una nube á través, y luminosa
seguir sus pasos solitaria estrella,
cual siguiera Ismael de Agar hermosa,
tras la tienda de Abraham, la humilde huella.

IV

Explendoroso en el siguiente día,
dorando el aire azul de la bahía
donde los buques de Inglaterra anclados
luchaban con el viento y la marea,
el sol se levantó tras los collados
que circundaban la risueña aldea.

Larga noche la aldea sumergida
estuvo en el reposo, mas la vida
de aquellos afanosos labradores
y el trabajo que alegre se despierta,
llamaban con sus himnos y clamores
de la mañana á la dorada puerta.

De las tierras vecinas, de los huertos
por el rocío matinal cubiertos,
y de los pueblos á la mar cercanos,

con sus trajes de fiesta descendían
los labradores de la Acadia ufanos,
que á la aldea sus pasos dirigian.

Con sus risas que alegres resonaban,
la mañana contentos alegraban
los jóvenes, bajando las veredas,
do jamás otros pasos se miraron
que las huellas profundas de las ruedas
que en el césped los carros enterraron.

Bien pronto de la aldea en aquel dia
se suspendió el trabajo, que invadía
las calles incontable muchedumbre
que en las casas, en grupos bulliciosos,
del sol sentados á la ardiente lumbre
unos y otros se hablaban animosos.

Era allí cada hogar una posada
donde la gente á la sazón llegada
era como en su casa recibida,
que viviendo entre sí, de esta manera,
cada casa era entre ellos dividida
y lo que de uno fué, de todos era.

Con todo, en el hogar de Benelicto,
que era á las fiestas como nadie adicto,
más que en otro ninguno se encontraba
dulce hospitalidad y generosa,
que de todos los huéspedes cuidaba
Evangelina siempre bondadosa.

Ella que entonces de placer sonriente,
de belleza y virtud resplandeciente,
entre la multitud aparecía
palabras de cariño prodigando
que su boca hermosísima vertía
al ir á sus amigos festejando.

Junto al pórtico rudo, á cielo abierto,
bajo los bellos árboles del huerto,
que sus frutos dorados ostentaban
y embellecían la campiña toda,
los viejos y los niños celebraban
las fiestas entusiastas de la boda.

Adentro, en sus poltronas reclinados,
y de respeto por su edad rodeados,
mirábase al notario junto al cura,

y de ellos cerca, en ademán severo,
Benédicto, que hablaba con ternura
al buen Basilio, el laborioso herrero.

Y no lejos, detrás de la colmena,
y de la prensa do la cidra buena
en abundancia entonces so exprimía,
alegre el corazón como el semblante,
Miguel el violinista aparecía
con su chaleco de color chillante.

La sombra de las hojas que oscilaban
mecidas por el viento, juguetaban
sobre sus blancos, nítidos cabellos,
y brillaba su rostro envejecido
como un carbón que fúlgidos destellos
vierte entre las cenizas escondido.

Al son de su violín, con dulce acento,
y el compás con los piés llevando atento,
de los «Bourgeois de Chartes,» alegremente
la inspirada canción cantar solía,
ó de «Dunkerque el Carillón,» que anuente
innumerables veces repetía.

Sin jamás detenerse, en el camino
de las praderas y el trigal vecino,
y debajo los árboles del huerto,
los viejos y los jóvenes mezclados,
de la música al dúlcido concierto,
en círculos danzaban agrupados;

Pero entre todas las muchachas, era
á la vez la más bella y hechicera,
Evangelina Bellefontaine, de fijo,
y entre todos los mozos, el primero
era Gabriel de Lajeneusse, el hijo
del buen Basilio, el laborioso herrero....

Así pasó contenta la mañana....
Pero ¡ay! que de la torre la campana
resonó con tristísimos clamores
que á los pobres aldeanos convocaron,
y los golpes de férreos atambores
en las verdes praderas se escucharon.

Bien pronto entre la iglesia temerosos
reuniéronse los hombres presurosos,
y en tanto, los mujeres esperaban

dentro del cementerio pensativas,
y las tumbas con hojas adornaban
y coronas de verdes siemprevivas.

Entonces orgulloso atravesando
entre aquellos aldeanos, que esperando
estaban impacientes su llegada,
altivo, levantando la cabeza,
entró del templo á la mansión sagrada
el jefe ó guarda de la escuadra inglesa.

Con sonoro clamor, debajo el cielo
de aquella humilde iglesia y sobre el suelo,
resonaron los roncós atambores,
y después fué cerrado suavemente
el pesado portal. Los labradores
en silencio esperaban tristemente

De aquella altiva turba de soldados
conocer los proyectos concertados.
Entonces del altar sobre las gradas
erguido, levantóse el comandante,
las hojas con las órdenes selladas,
agitando en sus manos anhelante.

—“Habéis sido reunidos este día
“de orden del rey,—les dijo;—cual debía,
“él siempre bueno y bondadoso ha sido;
“pero á tanta bondad en sus acciones,
“¿cómo le habéis al fin correspondido?
“Díganlo vuestros propios corazones.

“Aunque penoso á mi carácter sea
“cumplir con mi misión y mi tarea,
“porque ha de seros por demás gravosa,
“es preciso decir cuanto ella abarca,
“y obedecer, aunque parezca odiosa,
“la voluntad, señores, del monarca.

“A saber: vuestras tierras, los rebaños
“que en vuestros campos criáis ha largos años,
“las casas todas que el pueblillo encierra,
“son tomadas desde hoy por la Corona,
“y áun vosotros también, de aquesta tierra
“transportados seréis á extraña zona.

“¡Quiera el cielo clemente y bondadoso,
“que, cual pueblo pacífico y dichoso,
“viváis en el amor de vuestros reyes!

"yo, en tanto, prisioneros os retengo,
 "que del Gran Rey, la voluntad, cual leyes,
 "el deber de cumplir celoso tengo.

Así como desciende sobre el llano,
 en los calientes días del verano,
 terrible tempestad, de cuyo seno
 el helado granizo se desprende,
 y en verde campo de gramíneas lleno
 tiernas espigas sobre el suelo tiende,

Y rompe las ventanas de las chozas
 y oculta el sol tras nubes tenebrosas,
 y siembra en la llanura por do quiera
 leves pajas y tejas destrozadas
 que el viento arrebatara en su carrera,
 de los humildes techos arrancadas,

E incita con su furia á los ganados
 á romper con sus cuernos los cercados
 y á errar por las campiñas recelosos,
 así sobre las almas descendieron
 de aquellos labradores temerosos
 las órdenes del Rey que se leyeron.

Un silencio profundo un breve instante
 en la Iglesia reinó; mas resonante
 clamor confuso de pesar y duelo
 dejó escapar la multitud, y alerta,
 como movida por gigante anhelo,
 se abalanzó furiosa hacia la puerta.

Mas de la Iglesia huir era imposible:
 entonces ronco y á la vez terrible,
 en el templo á las preces consagrado,
 grito de angustia y de dolor oyóse,
 y á los gritos del pueblo exasperado,
 una orgullosa imprecación mezclóse.

Mas de repente, con semblante austero,
 la varonil figura del herrero
 alzóse con los brazos extendidos,
 temblando de emoción y de coraje,
 cual los palos de un buque sacudidos
 por tempestuoso y furibundo oleaje.

—"¡Abajo los tiranos de Inglaterra!
 "¡Jamás los habitantes de esta tierra—
 "dijo—obediencia á su poder juramos;

"muera todo soldado que encontremos
"robando en nuestro hogar, ó que veamos
"recoger las cosechas que tenemos."

Mas apenas de hablar hubo concluido,
cuando un soldado, por demás fornido,
sobre la boca bofetón tan rudo
con mano abierta le pegó violento,
que ya no firme mantenerse pudo,
y rodó sobre el duro pavimento.

En medio de la lucha y el tumulto,
do la blasfemia se mezcló al insulto,
miróse la hoja del cancel abierta
y el reverendo padre Feliciano
apareció de pié, junto á la puerta,
al cielo alzando su clemente mano.

Entonces acercándose, sereno
subió las gradas del altar, y lleno
de santa unción, del pueblo el vocerío
con su actitud y gestos acallando,
habló á la turba; enérgico y sombrío
fué el tono de su voz al ir hablando.

—"Hijos míos, les dijo, ¿qué habéis hecho?
"¿qué furia se ha abrigado en vuestro pecho?
"¡Ay! cuarenta años de la vida mía
"he entre todos vosotros trabajado,
"y de palabra y obra, cual debía,
"unos á otros á amarse os he enseñado.

"¿Y aqueste es hoy de mi trabajo el fruto?
"¿Así rendís á vuestro Dios tributo?
"¿Así honráis mis vigiliyas y oraciones?
"¿De perdón y de amor dulce, clemente,
"olvidásteis tan pronto las lecciones
"que os diera con mi ejemplo eternamente?

"Si ésta es de Dios la célica morada,
"¿cómo queréis dejarla profanada
"con violentas contiendas, y abrigando
"el odio cruel que el corazón rebosa?
"¿No Cristo en esa cruz está mirando
"la escena con mirada pesarosa?

"Mirad aquellos ojos, ¿qué clemencia!
"¿Cuán dulce y sin igual benevolencia!
"¡Oid aquellos labios repitiendo:

¡Perdónalos, Señor! Por qué no es dado,
 'contra el mal al hallarse combatiendo,
 'el perdón demandar para el malvado?"

Pocas de reprensión sus frases fueron;
 pero de tal manera se impusieron
 sobre aquel pueblo por demás sufrido,
 que después, sollozando quier se oía,
 y el pueblo, del tumulto arrepentido
 "¡perdónalos, ¡oh Padre!" —repetía.

Entonces el altar iluminaron
 y los santos oficios comenzaron;
 del sacerdote la oración ferviente
 unióse á la del pueblo, que rezaba
 no con vanas palabras solamente,
 que su oración del corazón brotaba.

Luego, el Ave María, arrodillados
 entonaron, de gozo trasportados,
 elevando sus almas hasta el cielo
 de la oración sobre las niveas alas,
 como ascendiera Elías en su vuelo
 á la región de las etéreas salas.

En tanto, cual bravísima marea,
 habíase extendido por la aldea
 de aquel mal tan cercano los rumores,
 y de una en otra casa, las esposas
 de aquellos infelices labradores,
 erraban con sus hijos temerósas.

Largo tiempo de pié junto á la puerta,
 que habíase dejado Benedicto abierta,
 estuvo Evangelina, contemplando
 el bullicio y desorden de la gente,
 del sol sus dulces ojos resguardando
 con una de sus manos en la frente.

En esa hora de amor y poesía,
 el sol hacia el Poniente descendía,
 iluminando con su luz, á trechos,
 de aquella aldea las desiertas calles,
 las ventanas, las cimas de los techos,
 y las verdes llanuras de los valles.

Largo tiempo en la mesa aderezada,
 blanco, como la nieve nunca hollada,
 puesto estuvo el mantel, el pan sabroso,

la miel de abeja, que silvestres flores
abiertas perfumaban, y oloroso
el queso que agradaba á los pastores.

En el extremo de ella, á la cabeza,
el espumoso jarro de cerveza,
y la silla de brazos, do habituaba,
al amor de la lumbre del brasero,
cuando en la casa el labrador estaba,
sentarse á conversar con el herrero.

En tanto, Evangelina contemplando
las sombras de los árboles, poblando
á la hora del crepúsculo los valles,
de su casa en la puerta reclinada,
esperaba, acechando por las calles,
de su amoroso padre la llegada.

Pero más negra á un tiempo y más sombría
otra sombra en su espíritu caía,
mezcla confusa de temor y duelo,
y un perfume dulcísimo de su alma
se levantaba, demandando al cielo
amor y paz, resignación y calma.

Mas después, olvidando su tarea,
atravesó por la desierta aldea
para impartir consuelo á las mujeres
que con sus hijos, de correr cansados,
pensando en sus domésticos quehaceres,
hufan á través de los vallados.

En tanto, de los montes tras la cumbre
hundióse el sol, con indecisa lumbre
aquella triste escena iluminando. . . .
Después, ni un ruido en la campiña oyóse,
y tan solo en los aires resonando
el Angellus tristísimo escuchóse.

Mas luego, por las sombras protegida,
la pobre Evangelina, conmovida
dirigióse á la iglesia y presurosa:
silencio profundísimo reinaba,
y en vano por las puertas, anhelosa
quiso mirar ú oír: nada escuchaba

Entonces embargada por el llanto,
entre las tumbas que temor y espanto
ponen al pobre corazón medroso,

«Gabriel,» gritó, «Gabriel,» esposo mío,.....
nada alteró el silencio tenebroso
de aquel recinto lóbrego y sombrío.

Al fin volvióse hacia su hogar desierto:
el fuego del brasero casi muerto
con débil llama entre el rescoldo ardía,
y sin probar, sobre la humilde mesa,
del labrador la cena se veía.
Los cuartos todos en la sombra espesa

Vacios y desiertos se miraban;
negros fantasmas de terror flotaban
al corazón cobarde amedrentando,
y del cuarto en el duro pavimento
tristemente se oían resonando
los ecos de su andar pausado y lento.

Cuando la noche adelantado había,
oyó que melancólica caía
con su ruido monótono y sonoro
la lluvia que á intervalos azotaba
ya las hojas del verde sicomoro,
ya la ventana que cerrada estaba.

A veces con sus látigos de fuego
brillaban los relámpagos y luego
del ronco trueno que estallando aterra
se escuchaba la voz, que tempestuosa
recordaba que aún Dios sobre la tierra
extendía su mano poderosa.

Entonces se le vino á la memoria
aquella triste y memorable historia
de la estatua de bronce y la balanza
que la justicia al inocente hacía,
que alimentó de un pueblo la esperanza,
y que el notario referido había.

Aquel recuerdo serenó su frente,
y más feliz entonces, blandamente
cerró el sueño sus párpados cansados;
y durmió hasta que el sol en la mañana
tras la cumbre se alzó de los collados,
dorando el cielo con su luz temprana.